

Javier Barraca Mairal

Profesor de Filosofía, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

APARIENCIA Y VALOR: HACIA UNA CRÍTICA ACTUAL DE LA APARIENCIA COMO CRITERIO EXISTENCIAL BÁSICO

«Vanitas vanitatem»
(Cohélet, *Eclesiastés*)

Vivimos en un tiempo donde la apariencia pretende serlo todo. Nuestra sociedad resbala, en efecto, continuamente desde lo icónico a lo idolátrico¹. Padecemos, entonces, un totalitarismo renovado: «el totalitarismo de lo aparente». Todo vale —se cree— según y en tanto lo que aparenta, ni más ni menos. El criterio de valor es lo aparente que algo resulta ante nuestros seducibles y vulnerables ojos. Esto no comporta sólo un relativismo valorativo o axiológico, un situar cualquier valor en un determinado sujeto, hasta aislarlo de la realidad. Es, también, un reduccionismo, al concentrar todo valorar en la mera manifestación o aparecer materiales, en la pura presencia externa de las cosas ante el sujeto, en el mero efecto representativo —el eco de la imagen— que producen al verse captadas o percibidas en su aspecto exterior.

Esta tiranía de lo aparente nos embriaga hasta ahogarnos en un mar de formas vacías, sin contenido, en una niebla de fantasmas engañosos que pretenden suplantar a las personas y a la realidad misma. ¿Cómo no enfermar de náusea y angustia profundamente, en un mundo poblado de máscaras huecas y fantasmagorías, cuando la vida personal no es sino relación, mas relación que llama al encuentro auténtico, verdadero, con personas concretas y reales? Precisamente en respuesta a este movedizo y «enfermizo» —literalmente sin firmeza, sin consistencia— contexto actual, pato-

lógico en gran medida, Carlos Díaz, en su libro *Sobre las psicoterapias existenciales humanistas* (Ed. Sonora, Madrid, 2017)², ha propuesto unas luminosas claves «terapéuticas», fundamentadas con solidez en una honda Filosofía, encaminadas a salir al paso de este enorme desafío que realiza hoy la sociedad posmoderna a la salud humana.

En nuestro tiempo, además, no prevalece únicamente lo que aparece como mejor (más verdadero, más real, más uno o unido, más bueno o amoroso) sino que lo aparente se quiere reducir a lo sensible, a lo sensorial. No hay otra fe hoy que la fe en nuestros frágiles sentidos externos, desligada además del resto de nuestra razón. La nuestra es una dictadura de la sola apariencia sensible, del separado aparecer sensorial. Por esto, lo «virtual» lo conquista hoy todo, con facilidad. Y lo virtualiza todo (relaciones, comunidades, identidades), vencedora e imparablemente. Pues lo virtual presta pujanza material —virtualidad— a lo que no existe, ni es verdadero. Lo virtual se impone despótico a lo real, niega cualquier forma de existencia con sentido, hasta abolir la propia libertad. La esclavitud de lo aparente de las formas sensoriales atenaza los cuellos de nuestras mentes, hasta asfixiarnos con su tenaza de vanidad. Se trata de otro rasgo más de esa barbarie del anti-humanismo contemporáneo, que se afana en ahogar nuestro ser interior, barbarie camuflada bajo la capa de un mundo feliz, a la manera de lo descrito por Huxley, tal como ha advertido Luis Ferreiro³.

1. Así se muestra en la obra *Homo videns*, de J. Sartori, Taurus, Barcelona, 2002.

2. Cf. las propuestas críticas y «curativas» hechas a este respecto, frente a otras propuestas clínicas, por Carlos Díaz, desde el pensamiento personalista y las experiencias humanistas, en *Sobre las psicoterapias existenciales humanistas*, Ed. Sonora, Madrid, 2017.

3. «Barbarie, razón y pasión», de Luis Ferreiro, en *Acontecimiento*, n°124, Madrid, 2017/3, año XXXIII, pp. 29-35.

Acaso desconcierte el que anotemos, sin embargo, ahora, pese a lo anterior, que la apariencia no es de suyo algo malo o negativo. Al contrario, apariencia indica un aparecer, manifestarse, darse a conocer que lo verdadero, y aun lo humano mismo, realizan, y que deriva de ellos mismos. Tampoco, pues, un aparecer sensible o sensorial ha de ser dañino de suyo ni necesariamente. Aparecer es bueno, la apariencia o el aparecer de algo es positivo en cuanto el bien es difusivo, y manifestarse resulta un acto propio de lo que es. Pero, para que lo sea así, el aparecer ha de servir a la verdad, ha de promover esta transparencia del bien, ha de contribuir a aumentar con la autenticidad el amor verdadero. A este respecto, cabe advertir que no es igual aparentar que aparecer, lo aparente que lo que aparece o lo aparecido, en cuanto aparecer refleja una semejanza —parecer/se— entre realidades. Cuando la apariencia niega lo real, lo oculta o manipula, trastorna la relación entre los seres en un engaño —no ya en un juego, sino en una alevosa traición—, pues aboca a la frustración o al desencanto, a la infelicidad. Esto ocurre debido a que entonces la apariencia mostrada no corresponde al fondo de su propio ser, que consiste en revelar lo auténtico, en desvelar lo verdadero y acercar así a los seres, a unir armoniosamente lo real.



La apariencia bella puede fomentar el amor, pues despierta el anhelo de unión a lo bueno en su contemplación. La belleza de la persona se manifiesta y se muestra, invitándonos a la relación amorosa y al encuentro con ella, mas esta belleza no equivale a la física, sino que es ante todo la belleza de su dignidad única, la de lo más hondo de su ser personal⁴. Como también la forma e imagen desfigurada del otro por su sufrir, y la de la pasión del Amante con mayúsculas, nos mueven —o han de movernos— a compasión. Con esto conectan, en parte, ciertas meditaciones expuestas por Carlos Díaz, en la obra citada, en torno al sufrir y la persona, que señalan como más hondo principio de identidad del yo al sufrimiento por el tú, o a la compasión por el otro como la respuesta prioritaria a quien sufre, y al dolerme por el dolor ajeno como la señal auténtica del valorar la importancia de mi prójimo⁵. Esta belleza patente —y patética— en y del sufriente, que todos los humanos exhibimos en algún momento, nos llama a amarle aún más; aunque a veces apartemos de ella la mirada doloridos. Ambas pueden manifestar una belleza interior distinta, aunque a veces también

4. Así lo hemos querido mostrar en «Belleza y corporeidad humana», Javier Barraca Mairal, revista *Studia Bioethica*, vol. 5, n.º 1-2, Roma, Italia (2012), pp. 39-48.

5. Cf. C. Díaz, *op. cit.*, p. 222 y ss.

pretendan usurparla. Lo que importa es si nos apelan a amar más, gracias a su manifestar, si cumplen la vocación última de cualquier aparecer: el Amor.

La vanidad —en gran medida socialmente imperante— es, así, hija y reflejo de un despotismo del vacío, supone la venida a nosotros y en nosotros del reino de lo vacío, la pseudo-parusía de la tiranía de la nada y de su imperio de falsos espejos, el oclusivo laberinto de lo fatuo. En ese laberinto, frío y sombrío, se extravían nuestro yo o identidad más profundos, y al cabo nuestra compasión, junto a nuestros hermanos. Esto resulta destructivo para el ser humano porque lo encierra en una cárcel de apariencias que no conducen a sí mismo —a su auténtica identidad— ni a la libertad del amor, sino a la esclavitud de lo fingido e inauténtico, a la mentira sobre sí mismo.

Pero: ¿cómo se da, en nuestro interior, este devastador proceso de sustitución del valor por la apariencia? Primero, se nos impone como criterio único de valor la figura externa de las cosas. Luego, se nos ordena una sumisión absoluta a ese celoso amo que supone la mera apariencia sensible. Así, se nos niega todo el resto de lo real, se nos ciega para cualquier otro valor, amputándonos el valor espiritual del amor y la generosidad. Finalmente, se adueña de nuestro corazón el materialismo más burdo, al acrecentar nuestra egolatría, y se nos transforma en ídolos de no-

sotros mismos, tras cebar nuestro ego en el barro de nuestra pretenciosa imagen exterior. Convertidos en vanidosos narcisos, sólo nuestro «aparentar» nos interesa, únicamente el eco material de nuestro yo reflejado en los ojos ajenos. Nos perdemos, entonces, a nosotros mismos sin dolernos por ello, en cuanto ya ni siquiera nos valoramos en nuestro ser verdadero, pues apenas nos importa otra cosa que cómo le resultamos a los otros por y desde fuera. Nos vaciamos, al cabo, de cualquier otro valor. Quebramos el sentido propio de nuestro aparecer ante los otros: manifestar nuestro yo para mover al amor real, con relación a lo verdadero de nuestro ser y del ajeno. Corrompemos, poco a poco, de este modo, lo legítimo de nuestro aparecer, de nuestro mostrarnos sensiblemente —o de cualquier otra manera—, ante los demás.

Somos, al cabo, engañados por nosotros mismos. Este es el más triste y profundo de los engaños: el más solitario. Ello supone, en fin, a pesar de cuanto se nos quiere hacer creer, una singular forma de demencia, personal y social, aunque se pretenda revestir de cordura. Esto, dado que nos des-personalizamos, desde dentro de nuestro propio ser. Por lo que, justamente, nos sucede todo lo contrario de lo que nos anunciaron, pues como sabemos y enseñó Sem Tob: «non es buena cordura que a su dueño baldona/ nin es mala locura la que lo apersona»⁶.

6. Cf. Sem Tob: *Proverbios morales*, Cátedra, Madrid, 1998, p. 143, v. 101.